

REVOLUCIÓN E HISTORIOGRAFÍA: DEL “VIRAJE” A LA CONMEMORACIÓN¹

*Quien quiere poner fin demasiado pronto a las guerras,
a menudo no hace sino prolongarlas...*

Francesco Guicciardini

Evelia Trejo*

Resumen / Abstract. Revolution and Historiography: From the “Viraje” to Commemoration
Palabras clave / Keywords: México, historia, revolución, agrarismo / Mexico; History, Revolution; Agrarianism.

Partiendo de la definición de que la historia comprende lo que la autora ubica como “hechos de la revolución”, la historiografía sería la escritura en la cual se consignan esos hechos. Aquí se consideran algunos escritos cuyo tema ha sido la revolución mexicana. En este centenario de la revolución se perciben, fundamentalmente, cuatro maneras de interpretarla: quienes observan los hechos revolucionarios como un periodo de desorden social y bandidaje; los que la ven como un ideal agrarista; quienes hablan de ella en calidad de revolución “modernizadora”, y los que la juzgan como una revolución democrático-burguesa. / History comprises historical facts such as revolutionary facts. Based on the author thesis, the definition of historiography would be the writing in which these facts are recorded. Therefore, here are considered some writings whose subject is the Mexican revolution. Attuned to the Revolution centennial there are four essential ways to interpret this historical fact: As a period of social chaos and banditry; as an agrarian ideal; as a “modernizing” revolution or as a bourgeois-democratic revolution.

PRÓLOGO CON CARÁCTER DE TESTIMONIO



ace casi 25 años comencé a impartir Historiografía Mexicana Contemporánea, como se llamaba por aquel entonces la materia obligatoria para los estudiantes de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras; en ella se trataba de dar continuidad a los dos cursos de Historiografía de México precedentes y de cubrir el

* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Una primera versión de este texto fue preparada para el Seminario Historiografía de la Revolución Mexicana, Primer Ciclo del Seminario Permanente 100 Años de la Revolución Mexicana, Museo Nacional de la Revolución, 13 de junio de 2007.

panorama del siglo xx, por aquellos tiempos todavía en su plenitud octogenaria. Sucedió en la clase al maestro Álvaro Matute y, habiendo sido su ayudante, seguía las pautas que él dictaba para hacer comprensible una inmensa cantidad de datos, tales como nombres de autores y de obras, que a fuerza de amasarlos quedaban sometidos a unas cuantas categorías, pese a que, como todo en la historia, los elementos constitutivos de la historiografía también se resisten a tal sometimiento.

Entre las muchas cosas que aprendí y enseñé, las que indagué y observé y las que se han acumulado en tantos años, una de las más atrayentes ha sido la de comprobar la diversidad de relaciones que se establecen entre la historia como acontecer incesante y la historiografía como tarea del hombre empeñado en formular con las palabras una versión, o quizá debiera decir, una representación, sobre lo sucedido.

El mencionado curso hoy no lleva más el mismo nombre, quizá porque quedaría en entredicho señalar la estricta contemporaneidad de los asuntos que abarca; en contraparte, para dar cabida al nutrido quehacer historiográfico del siglo xx, creció en número de horas y aumentó su duración, pasando de uno a dos semestres. Las llamadas Historiografía de México III y IV son, desde el año 2000, las encargadas de introducir a los alumnos en las vicisitudes de los historiadores a lo largo de la centuria que concluyó ya hace 10 años. Ante el panorama que la materia presenta, una cuestión es evidente: los cambios operados en el campo de la historiografía como consecuencia de su profesionalización y aun los avances del conocimiento histórico que se ha encargado de abrir todo tipo de puertas y ventanas para asomarse al pasado, lejos de disolver, han fortalecido el vínculo entre el acontecer histórico y la historiografía del siglo xx en lo que concierne a un tema en particular, el de la revolución mexicana, asunto que ha dado motivo de estudio a un nutrido número de historiadores mexicanos y extranjeros.

La historiografía del siglo xx, es decir, la producción escrita del conocimiento histórico correspondiente a dicha centuria, estaba recién nacida cuando se tropezó con el gran acontecimiento.² La suerte de uno

² Consciente de las aproximaciones al término historiografía que han propuesto abarcar con este término un ámbito mucho más amplio que el aquí aludido, reitero que con dicho término pretendo referirme solamente a la producción de obras escritas que siguen las pautas del quehacer historiador cimentado en años de cultivo de una disciplina específica. No pretendo con ello restar mérito a los argumentos que brindan la oportunidad de abrir el

(el acontecimiento) y de otra (la historiografía) estaría pues emparejada. Mis recorridos frecuentes por la historia de la escritura de la historia me permiten estar atenta a lo que ocurre en la mencionada relación, aun cuando para este caso no puedo preciarme de seguirla con el nivel de acuciosidad que le prodigan los especialistas.

ALGUNAS NOTAS PARA ENTRAR EN MATERIA

Antes de abordar el tema, es importante hacer la distinción entre tres facetas de la realidad, integrantes de la somera revisión que aquí ofrezco. En primer lugar hay que tomar en cuenta a la Revolución propiamente dicha, esto es, el conjunto de sucesos ocurridos sobre todo entre 1910 y 1920, en el entendido de que sin ese conjunto, no habría lugar para las otras dos cuestiones, de las cuales una es la vasta cantidad de obras escritas, cuyo objetivo ha sido reconocer los fenómenos que conforman a la Revolución, y la otra, en cierto sentido de la misma índole, la producción, también escrita, que se ha ocupado de hacer consideraciones acerca de tales obras, con el afán de caracterizarlas, clasificarlas, valorarlas y, en algunos casos, extender su aprobación o reprobación acerca de la capacidad demostrada por sus autores para decir lo que fue la Revolución.³

horizonte y conceder que la *grafía* de lo histórico corre también por otras vías. Algunas precisiones sobre el particular modo de abordar el caso de la historiografía pueden verse en Evelia Trejo, “¿Definir o delimitar la historiografía?”, en *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de Análisis Historiográfico*, Rosa Camelo y Miguel Pastrana Flores (ed.). México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2009, 285 p., p. 23-35 (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 7).

³ Inevitablemente, como lo he hecho a lo largo de muchos años, agradezco la claridad con la que José Gaos introduce en sus “Notas sobre la historiografía” los distintos niveles de operación en los que se incurre cuando se plantea la necesidad de dar cuenta de la realidad pasada. Así, en el afán de distinguir las palabras de historia e historiografía, coloca en la primera de ellas lo que en este texto ubico como los hechos de la Revolución; en cuanto a la historiografía, sería la escritura en la que se consignan esos hechos; igualmente para este trabajo estarían allí considerados los escritos cuyo tema ha sido la Revolución en cualquiera de sus aspectos, y en un nivel más estaría ubicada la historiografía de la historiografía, esto es, la escritura de textos que tiene como objeto consignar los sucesos historiográficos. O sea, que estudia de manera general o parcial estos “episodios discursivos” como yo he propuesto designarlos en un trabajo anterior. De esta naturaleza serían los que aquí me propongo revisar. Véase Gaos, “Notas sobre historiografía”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*. México: Secretaría de Educación Pública, 1974, 202 p., p. 66-93 (SepSetentas, 126).

En las siguientes páginas, el enfoque estará centrado en este último punto, el de las consideraciones sobre la historiografía; en cambio, no será asunto a tratar lo concerniente a la Revolución misma, ni lo será, propiamente, la actividad desarrollada por quienes hicieron de ella el tema de sus historias. Ambas cuestiones, sin embargo, harán acto de presencia, pues es claro que forman un todo con lo que aquí interesa poner de relieve. Así, es un hecho que no me referiré a ningún acontecimiento como la gira electoral de Madero o las vicisitudes del villismo; y que tampoco estoy interesada en destacar cómo logró John Womack esclarecer el zapatismo, o cómo consiguió una generación completa trazar el mapa de la Revolución en las regiones; no, lo que me propongo es la observación de unos cuantos trabajos que tienen en la mira a un determinado número de autores que escribieron sobre la Revolución, cuyo interés radica en hacer evidente cómo se produce conocimiento de un pasado en concreto, en este caso, del pasado revolucionario y las repercusiones que ello implica. He seleccionado algunos textos en los que el objetivo deliberado es plasmar dichas consideraciones, y me detendré en algunos especialmente significativos, así como en ciertos recuerdos personales, con el propósito de arribar a una reflexión final.

En 1981, dentro de la Sexta Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, celebrada en esa ocasión en Chicago, Álvaro Matute comenzó su participación con una frase indiscutible: “Todo movimiento político social engendra su historiografía”.⁴ La revolución mexicana no fue la excepción. Identificar los pasos seguidos por la disciplina de la historia en el siglo pasado implica encontrarse una y otra vez con las formas de tomar conciencia de la complejidad del movimiento más importante ocurrido en el país en las primeras décadas del mismo y advertir, conforme el tiempo avanza, los efectos duraderos que provocó en la mentalidad de los mexicanos. Especialmente, la mentalidad de quienes hacen suya la vocación de narrar la historia.

Lejos de la intención —y de la posibilidad—, como ya he dicho, de abordar en estas páginas la enorme producción que por más de nueve décadas ha procurado el conocimiento de los hechos de la Revolución, mi propósito es, pues, limitarme a presentar algunas notas y unas cuantas ideas

⁴ Álvaro Matute, “La revolución mexicana y la escritura de su historia”, en *Revista de la Universidad de México*, vol. xxxv, nueva época, núm. 9, enero 1982, p. 2-6.

en torno a la historiografía de la historiografía de la revolución, en las que se advierten las dificultades de clasificarla y las repercusiones que este esfuerzo conlleva. Comprender la variedad de los discursos elaborados desde y en torno a la Revolución ha sido tarea emprendida por maestros y colegas en muchas ocasiones. Para los fines que persigo, he seleccionado, pues, ciertos trabajos que permiten rastrear las huellas de este interesante proceso desde una especialidad dentro de nuestro quehacer: la de poner en la mesa de observaciones aquello que condiciona el trabajo historiográfico y los efectos que produce.

Un primer apartado lo dedicaré a presentar algunos textos de quienes observan y significan los primeros escritos sobre la revolución y atienden a su clasificación, así como a recordar las variedades discursivas con las que se fomentaba el conocimiento sobre la revolución y su trascendencia, en los primeros setenta. El segundo, procuraré un acercamiento a las repercusiones que tuvo el carácter ideológico con el que se coloreaba a dicha revolución y los reclamos que propició la reinterpretación de la misma, originados en los estudios acuciosos emprendidos en las últimas décadas del siglo xx. Finalmente, daré paso a las reflexiones que todo ello ha suscitado frente a la inminencia de la conmemoración.

I. EL “VIRAJE” DE LA HISTORIOGRAFÍA, O DE CÓMO LA REVOLUCIÓN AFECTÓ A LA HISTORIOGRAFÍA

1. En un seminario de posgrado, dentro de la misma casa de estudios a la que me he referido, hace ya un buen número de años, la entonces maestra, hoy doctora en Historia y directora de la Facultad de Filosofía y Letras, Gloria Villegas, realizó junto con sus alumnos un ejercicio de investigación cuidadosa que arrojó como resultado el artículo titulado “El viraje de la historiografía mexicana frente a la crisis revolucionaria”.⁵

El propósito del texto era poner al descubierto las características de obras escritas de 1914 a 1916 por más de 20 individuos abocados a la tarea de dar cuenta de la historia reciente. Más que ninguna otra cuestión, salta

⁵ Gloria Villegas, “El viraje de la historiografía mexicana frente a la crisis revolucionaria (1914-1916)”, en *Anuario de Historia*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, año XI, 1983, p. 213-229.

a la vista el interés por mostrar el carácter de una producción variada subrayando tres aspectos: las motivaciones del quehacer histórico, el concepto de Revolución que sostienen los autores y las propuestas concretas que plantean para el futuro. Todo ello con el ánimo de ilustrar el giro que se imprime a la tarea historiográfica, y teniendo como punto de partida la convicción de que:

para estudiar la historiografía es imprescindible analizar tanto las circunstancias en que se genera, como el perfil socioeconómico y cultural de quienes la producen, pues son éstos los elementos que esclarecen su significación y revelan las preocupaciones y la problemática del momento histórico.⁶

El viraje del que se habla se hace residir en el objetivo de la mayoría de los escritores de las 60 obras que se utilizan para el estudio, de aportar soluciones para la crisis de un sistema que ven afectado no solamente en un nivel político, sino también en el económico y social. Oriundos la mayoría de ellos de clases medias impactadas por los efectos de la Revolución, y a la vez inclinadas por la opción del cambio, resuelven por medio de distintos tipos de discursos hacer un diagnóstico de la situación del país en el que la perspectiva de la historia está presente, pero con la finalidad de alimentar, al mismo tiempo, una prospectiva. El valor que se les reconoce es el de penetrar en el problema que planteaba el cambio, desvelando temas nuevos de la vida económica y social, sacar provecho de él y señalar el camino hacia adelante.

Estas formas de hacer conciencia, es oportuno subrayarlo, pueden ser tomadas más bien como fuentes para la historia que como productos historiográficos obedientes a las directrices de este antiguo quehacer de investigar el pasado.⁷ ¿Por qué entonces recuperarlas? Basta por lo pronto reparar en que existe interés en identificar esas modalidades de atrapar

⁶ *Ibid.*, p. 213.

⁷ En sentido estricto podría afirmarse que el concepto de "viraje" de la historiografía no corresponde a lo que ocurría en la práctica de esa actividad de escribir la historia, puesto que por las mismas fechas en que producían sus obras los autores estudiados, se mantuvo un cultivo que daba la espalda a los acontecimientos revolucionarios y mostraba interés por conocer un pasado mucho más lejano, preferentemente el del periodo colonial. Además, como se indica en el texto preparado por el seminario de Gloria Villegas, en muchos de los casos estudiados lo que se publica tiene origen en la actividad periodística y no en la investigación histórica.

los hechos, desentrañarlos y darles significado. Dar razón de lo que pasa y recurrir a la historia para sostener mejor los argumentos a favor de la planeación de un futuro para la nación es una tarea que, en determinadas circunstancias, puede abordar cualquier persona con cierto nivel de conciencia, sin necesariamente ostentarse como historiador. O mejor dicho, una tarea que puede convertir a cualquier persona en historiador, particularmente en esos momentos en los que se intensifica la relación historia-historiografía aludida en la primera parte de este texto. Lo que interesa en este caso es que se recupera y destaca la relación estrecha entre el acontecer y la vocación por colocar en la línea del tiempo los sucesos vividos; se requiere del pasado para explicarlos y del futuro para darles sentido.

Mediante una exploración como la emprendida por el citado seminario se advierte el reconocimiento que hacen las 15 alumnas y dos alumnos del valor de este tipo de producción de historias, marcada por el pragmatismo más que por cualquier teoría, y decidida a contribuir en las tareas de reconstrucción que el país requería. Dar razón de la Revolución, de la crisis, o simplemente del cambio, era una forma adecuada para incidir en el curso del acontecer histórico. Con eso era más que suficiente.

2. A la abundancia de trabajos sometidos a revisión en el seminario mencionado, habría que sumar algunos otros que también pueden ser ubicados como fuentes para la historia, en razón de que se producen en una temporalidad estrechamente ligada a los acontecimientos que pretenden ya sea relatar, ya sea significar dentro del plano histórico. El tratamiento de ellas ha dado lugar en los estudios de la historiografía al problema de diferenciar qué es un trabajo historiográfico y qué no lo es. Así, durante los años ochenta y principios de los noventa, además de esta investigación coordinada por Gloria Villegas, fueron escritos y publicados, por ejemplo, los textos en que Álvaro Matute se esforzaba por distinguir el carácter de un cúmulo de expresiones que daban cuenta de los episodios de la Revolución. Allí, además de discutir los géneros de esa producción temprana acerca del movimiento revolucionario, este autor aventuraba hipótesis acerca de su pertenencia o no al campo que poco a poco, en el siglo xx, comenzó a ser propiedad de los historiadores, pues, como es sabido, éste fue el siglo en que la historiografía en México adquirió las credenciales para su ejercicio profesional, y con ello

ha buscado su lugar como la fórmula más apropiada de dar a conocer lo que pasó.

Álvaro Matute, en el artículo arriba citado y en otros más, exploró esa posibilidad de clasificar la variedad de formas en que se hizo constar por varias décadas que lo sucedido en el tiempo reciente resultaba de singular importancia para la historia de México. Memorias, autobiografías, partes de guerra, novela histórica, recuentos periodísticos, en fin, a los escritos tomados en cuenta por Gloria Villegas se sumaban muchos más. Con ellos crecía el problema de la denominación y de los límites. ¿Se trataba de historiografía? ¿Eran otro tipo de fuentes para la historia? ¿Qué tipo de trabajo podría resultar más útil para conocer, explicar y comprender la revolución mexicana?⁸

Cabe advertir que, con el paso del tiempo, la revaloración de memorias, autobiografías y testimonios ha cobrado una importancia radical; cuando menos a esa reflexión puede conducir el hecho de que en la teoría de la historia de hoy en día, tenga peso la distancia que existe entre el modo de decir lo histórico y la historia en sí.⁹ Se supondría, por tanto, de singular importancia ese *decir* lo histórico en las fuentes a que venimos aludiendo, lo que la experiencia de la historicidad iba dictando. Esto, desde luego, si se considera la diferencia implicada entre una modalidad de testimoniar, demasiado anclada en el dato escueto, y la de hacerlo mediante la narración, fórmula que resulta más convincente en el ejercicio de historiar.

De allí que pueda convenirse en la puntualización que hace Álvaro Matute respecto al valor de la obra de Roque Estrada, *La revolución y Francisco I. Madero*, a la que ubica dentro del plano de lo historiográfico, que pretende

⁸ Años más tarde, Matute reuniría las principales reflexiones en torno al tema en su capítulo "La crónica de la Revolución: militancia e inmediatez", que aparece en sus *Aproximaciones a la historiografía de la revolución mexicana*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, 187 p., p. 21-27 (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 4).

⁹ Pienso en especial en los argumentos que ha esgrimido en su obra Frank Ankersmit, de cara a las preocupaciones manifiestas de una filosofía de la historia centrada en el lenguaje y en la narrativa que, a juicio de algunos, propició el colocar a distancia los problemas epistemológicos del saber histórico. En ese sentido, a mayor elaboración de la *representación* histórica, parecería producirse una mayor lejanía de aquello que se pretende comprender. De manera tal que se obstruye la sensación de diferencia que pudiera alimentar de mejor manera nuestra percepción del pasado. Véase en especial su capítulo "Historismo y posmodernismo. Una fenomenología de la experiencia histórica", en su obra *Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004, 440 p., p. 352-360.

diferenciar de la categoría propuesta de “parahistoriográfico”, en la cual incluye buena parte de las expresiones tempranas a que me he referido en estos párrafos. Al poner de relieve dicho texto, señala Matute que:

el texto de Estrada es el verdaderamente fundador de la historiografía de la Revolución propiamente dicha. En él priva el elemento narrativo. Todas las opiniones políticas de Estrada, que son abundantes, están ahí pero insertas en lo narrado. No se trata de encontrar falsas objetividades, sino de destacar que la subjetividad de Estrada está presente a lo largo de un detallado recuento de hechos, donde la cronología y el seguimiento espacial le dan la arquitectónica al texto.¹⁰

Si el interés del autor de estas líneas en dicho texto es una guía para apreciar la definición de los géneros, podría añadirse que quizá hoy la razón para evidenciar el carácter de estos productos se enfocaría a vislumbrar en ellos la capacidad de expresar *lo histórico* de la Revolución, con menos mediaciones de lenguaje que las necesariamente acumulables al paso del tiempo. Pero, ahora habrá que pasar a nuevos episodios de la historiografía de la historiografía, con el fin de apreciar también otro tipo de cuestiones, siempre en torno a lo que hemos heredado de las distintas maneras de dar a conocer los hechos revolucionarios.

3. Para enriquecer las discusiones en torno a la historiografía de tema revolucionario, es preciso subrayar que conforme el tiempo transcurría e iba quedando atrás la vehemencia de los participantes en los hechos, otras variedades discursivas se añadieron a las originales. Al mismo tiempo, en la medida en que crecía el número de trabajos sobre la experiencia revolucionaria, aumentaba la crítica respecto a éstos. Tomar distancia de los hechos revolucionarios significó dar margen a la consideración de lo sucedido, con argumentos distintos de los esgrimidos en la primera etapa. Las historias propiamente dichas, esto es, los relatos que intencionadamente pretendían dar cuenta de lo investigado, empezaron a poblar editoriales.

Fieles a la tradición decimonónica y provenientes de plumas autorizadas se configuraron narraciones, sobre todo políticas y militares, que

¹⁰ Matute, “La crónica...”, p. 24.

buscaban no solamente establecer el carácter de esa revolución, sino inscribirla en el proceso de la historia de México y destacar su trascendencia. De los autores y sus circunstancias es mucho lo que se ha escrito en función de aquilatar sus aportes. Un ejemplo de la complejidad que fue adquiriendo el hecho de que comenzaran a coexistir diversas fórmulas de referencia a la Revolución, puedo ilustrarlo acudiendo una vez más a mis recuerdos.

Al inicio de los años setenta, los estudiantes de Historia recibíamos la encomienda de la maestra Ana Rosa Carreón de leer, en el curso correspondiente a Porfirismo y Revolución, *La revolución mexicana* de Jorge Vera Estaño, escrita una década atrás, obra considerada fruto tardío de la visión evolucionista, y correspondiente todavía a un integrante activo en el gobierno porfirista. Al mismo tiempo, era frecuente que se nos planteara el deber de conocer los dos tomos pequeños de la célebre obra de Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, en los cuales, además de una interesante síntesis en la que se interpretaban los antecedentes y la gesta revolucionaria, se publican 26 anexos que contienen documentos principalísimos para advertir el curso de la misma. Allí parece palpase la intencionalidad de los sujetos más prominentes. Para coronar esta inmersión en el tema de la Revolución, a una y otra fórmula, es decir, a la de interpretar en conjunto el movimiento y a la de compilar los documentos que confirmaban sus propuestas, se sumó por entonces el ejercicio de leer, comprender y criticar los ensayos reunidos por Stanley Ross, en los cuales distintos autores analizaban el carácter, la duración, vigencia o muerte de la Revolución.¹¹ Junto al repertorio de lo que la definía, se averiguaba con interés la posibilidad de su permanencia.

¹¹ Jorge Vera Estaño, *La revolución mexicana. Orígenes y resultados*. México: Editorial Porrúa, 1957. Una obra que entre muchas otras forma parte ya de la bibliografía utilizada por Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, en cuyos dos volúmenes da cuenta de *Los antecedentes y la etapa maderista. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, editada por el Fondo de Cultura Económica, dentro de su Colección Popular, en 1960, iba —en el año de 1970— en la 6ª reimpresión, con un tiraje de 20,000 ejemplares. Sin duda su impacto fue decisivo para poner en circulación una idea sintética y bien respaldada sobre aquello que había sido una revolución con antecedentes en la desamortización de bienes eclesiásticos en 1855, y cuyos efectos se pretendía advertir en 1960. El tercer título mencionado es el de la compilación también famosa del historiador norteamericano Stanley Ross, *¿Ha muerto la revolución mexicana?*, 2 v. México: Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 21 y 22).

En fin, con el correr del tiempo la revolución mexicana se fue afirmando como un objeto de estudio y, al mismo tiempo, los escritos acerca de ella también se fueron constituyendo como tales. ¿Quiénes los hacían? ¿Qué autoridad tenían para narrarla? ¿En qué medida sus relatos lograban establecer lo sucedido en esa revolución? ¿Cuál era el significado que los principales escritos otorgaban a los años de lucha y sus consecuencias?

II. LA PERSPECTIVA Y LA DISCIPLINA, O DE CÓMO LA HISTORIOGRAFÍA AFECTA A LA REVOLUCIÓN

1. Es necesario retomar ahora el hilo de los textos cuyo propósito fuera calificar en alguna medida el valor de lo dicho acerca de la tan mencionada gesta para acceder a un mirador distinto, el de las repercusiones que se adjudicaban al hecho de *decir* de un modo particular lo que había sido la Revolución. Uno de esos textos que resulta ilustrativo de lo que me interesa destacar aquí, fue escrito por Carmen Nava Nava, en colaboración con otros dos autores. Se trata de "Apuntes acerca de la historiografía de la revolución mexicana",¹² en los cuales el propósito es ordenar y clasificar las corrientes interpretativas que hasta ese momento habían contribuido a dar razón del significativo proceso. Se da por sentado que dicho conocimiento proviene, pues, de interpretaciones y, aún más, se precisa la necesidad de atender "a los elementos conceptuales que determinados autores utilizaron para sustentar una explicación sistemática y coherente de lo que consideraron como los rasgos primordiales que marcaron la impronta de la revolución mexicana".¹³

A partir de estos señalamientos, los investigadores registran cuatro corrientes que, a su juicio, se suceden en el tiempo. Es decir, desde la perspectiva del estudio existe una correspondencia entre la cronología y la interpretación dominante. Si bien se reconoce que cada una de esas interpretaciones subsiste y sus sucesoras no logran rebatirla por completo. Aducen para explicar esto que la durabilidad de tales expresiones obedece al rigor teórico-metodológico y a la "firmeza" de la fundamentación

¹² Ma. del Carmen Nava Nava, "Apuntes acerca de la historiografía de la revolución mexicana", en *VIII Jornadas de Historia de Occidente. La Revolución y la Cultura en México*, 29-30 de agosto 1985, Jiquilpan, Michoacán: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C., 1986, p. 43-74.

¹³ *Ibid.*, p. 43.

empírica utilizada por sus cultivadores. A mi juicio uno de los aspectos más importantes en el estudio es que pone de relieve la tensión que existe entre manejar datos empíricos suficientes e interpretar la realidad observada en ellos, a partir de una cierta experiencia.

En el caso del desarrollo de este artículo que cito, se subraya además que existen influencias entre unas y otras maneras de interpretar. Aunque, a fin de cuentas, se distinguen las cuatro fórmulas por destacar: la de quienes observan los hechos revolucionarios como anarquía y bandidaje; la de los que caracterizan a la Revolución como fundamentalmente agraria, la que habla de ella como una revolución modernizadora y, finalmente, la que dice que se trató de una revolución democrático-burguesa.

En el artículo priva la intención de analizar un conjunto de obras que miran desde perspectivas diferentes lo que se supone fue un movimiento con un carácter particular. El objetivo es ofrecer una visión panorámica de los cimientos sociales e intelectuales sobre los cuales se edificaron las referidas corrientes. Es claro que se consigue el propósito de caracterizar a dichos conjuntos y establecer la influencia que ejercen en posteriores interpretaciones del movimiento y, en suma, que se procura evidenciar cómo es que frente a los mismos acontecimientos se elaboran registros diversos para entenderlos y explicarlos. En términos generales, se ejemplifica la relación entre el contexto ideológico que permite acentuar los aspectos destructivos de la Revolución en la primera década; el influjo de los movimientos sociales en la perspectiva de los historiadores mexicanos y extranjeros que calificaron de agraria a dicha revolución, dictando páginas memorables desde el inicio de los años treinta, hasta alcanzar el comienzo de los setenta. La perspectiva que venía perfilándose desde tiempo atrás, según se advierte, sobre todo a partir de los años cincuenta, veía en la misma Revolución un proceso modernizador. Los acentos en lo social y en lo político mucho tenían que ver, de acuerdo con esta óptica, en los giros interpretativos de la gesta. También sucedía con las posiciones que, abiertamente comprometidas con el socialismo, no dudaron en escribir versiones sobre el gran acontecimiento, señalando el carácter democrático burgués de la lucha.

En fin, no se puede dudar de las limitaciones de este breve trabajo, derivadas de un enfoque que por necesidad del argumento deja fuera muchos elementos; sin embargo, mi interés por traerlo a cuento radica en la necesidad de reparar en la clara aceptación que había en el ámbito

de la academia de las variadas formas de ofrecer el conocimiento de la Revolución. Los tintes ideológicos se colocaban en primer término y, a la vez, se dejaba ver entre líneas un voto a favor o en contra de lo que cada caso representaba.

Por otra parte, se hace evidente que la mayor parte de los trabajos considerados se admiten como historiográficos, es decir, se asume el hecho de que existe un número abundante de textos acerca de la Revolución susceptibles de ser clasificados por sus orígenes y, sobre todo, por las interpretaciones que sostienen, con lo cual se respalda el argumento de que pese a la formalización de la disciplina histórica, quienes observan los productos emanados de ella detectan con relativa facilidad los giros interpretativos que su cultivo lleva implícitos. En este sentido, lo que habría que anotar es la evolución de la historiografía, que seguramente tenían en consideración los autores del texto. Para las fechas en las que fue escrito, campeaba ya el ánimo "revisionista", inaugurado por una generación insatisfecha de lo que consideraban como excesos interpretativos de una historia oficial, o abiertamente inscrita en un modelo ideológico. De alguna manera, parecía sugerirse la necesidad de buscar la Revolución por detrás de las interpretaciones esbozadas.

2. De índole semejante al texto producido por Carmen Nava, en cuanto a que el interés ya no es caracterizar las formas diversas en que por escrito se hace presente la Revolución, puesto que se da por sentado que quienes han ganado en autoridad para referirse a ella son los historiadores, una ponencia dentro del Simposio de Historiografía Mexicanista celebrado en Oaxtepec, Morelos, en 1988, es decir tan sólo tres años después de producido el artículo arriba comentado, dio lugar a una controversia memorable. Su título aludía una vez más al tema de las interpretaciones. Alan Knight se proponía resumir las más recientes acerca de la Revolución y, amparado en una abundante bibliografía de diferentes etapas que abarca 123 obras, pronunció un veredicto que molestó a oyentes y comentaristas, en torno a un ser de la Revolución, a su juicio atropellado por los trabajos de los llamados revisionistas.¹⁴

¹⁴ Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la revolución mexicana", en *Memoria del Simposio de Historiografía Mexicanista*. México: Comité Mexicano de Ciencias Históricas, Go-

La tónica de su ponencia, que después fue texto publicado, tomaba una ruta distinta para explicar; no era la condición de actores o la de intérpretes la que llamaba su atención, sino en todo caso, la de unos y otros, pero en su versión de miembros de generaciones distintas que por esa razón proporcionan interpretaciones diferentes. Con base en esto, Alan Knight se ocupa de lo que, sin demasiado rigor, enuncia como “la historiografía revolucionaria” y divide atendiendo a las generaciones.

La primera generación, la de los participantes/observadores comprometidos, sean de izquierdas o de derechas, es catalogada por Knight como la de quienes forjaron una imagen de la Revolución, y, por estar justamente *comprometidos* con ella, “pescaron algo del sabor intangible de la experiencia revolucionaria”.¹⁵ La segunda, compuesta por historiadores académicos que publicaron en los años cuarenta y cincuenta, es la de quienes reemplazaron el partidismo de los primeros con la objetividad académica, y se concentraron en el estudio de las elites nacionales, permaneciendo por lo general, según este autor, dentro de la “vieja ortodoxia”. La tercera y última generación que pone en la mesa es la de los que denomina *baby boomers*, aquellos que publicaron entre 1968 y 1988, a los que advierte “quizás más profesionales”, con una visión “más cercana” pero, en consecuencia —afirma— afectados de “miopía”. Se especializan, son más objetivos —reconoce— pero esto no necesariamente implica que hubiera un mayor entendimiento de lo ocurrido. El resultado que observaba del trabajo emprendido por esa tercera generación era el enfoque mosaico. Y, a propósito del mismo, reparaba en que básicamente eran los autores extranjeros los únicos que se habían aventurado a proponer síntesis. Si bien es cierto que sobre este punto daba una explicación convincente, su mayor interés radicaba en concluir algo acerca de los aportes de los revisionistas y en incitar a la revaloración de lo que sobre la Revolución dijeran los de la primera generación.

Debo decir que a pesar de las razones que asistían a quienes hicieron la réplica de ese trabajo, Alicia Hernández, Gloria Villegas y Javier García-diego, seguramente mucho más autorizados que los simples oyentes, a mí,

bierno del Estado de Morelos / Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1990, 844 p., p. 193-210. Los textos de los comentaristas aparecen en la misma publicación, p. 211-221. En este trabajo, Knight ratifica en una nota que su lectura dio lugar a comentarios críticos y, sin embargo, él decidió no modificar su versión original.

¹⁵ *Ibid.*, p. 193.

colocada entre estos últimos, me parecieron interesantes sus conclusiones. Saber mucho más de la Revolución gracias a la diversificación de temas, métodos, interpretaciones, etcétera, que se habían acumulado en 20 años de intenso ejercicio profesional de los historiadores, no necesariamente había redundado en un mayor entendimiento de la Revolución, sostenía con argumentos el profesor británico, proveniente entonces de la Universidad de Texas. Y con sus palabras me hacía recordar las reflexiones provocadas unos años atrás por la abundante cantidad de noticias recibidas acerca de movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios en una reunión de estudiosos que llevó el indicativo nombre de La Revolución en las Regiones.¹⁶

A más de 20 años de distancia, el eco de sus frases y de los comentarios a que dieran lugar aún resuena. La obra del propio Knight sobre la Revolución debiera leerse haciendo un cotejo de sus explicaciones con las sentencias pronunciadas entonces. Por lo pronto, lo que puedo asegurar es que daba en el blanco respecto a algo que hoy inclusive hace mucho más sentido que antes. La complejidad que encierra la revolución mexicana ha tenido que combinarse con la limitación que es propia de la historiografía como actividad. Confiada ésta en sus alcances y a la vez orientada por las novedades que surgen en el propio campo, la historia que se escribe se ha esmerado por analizar, por conocer a conciencia muchos de los planos de la Revolución, pero eso no necesariamente ha conducido a una comprensión que logre abarcarla, darle sentido y comunicarla como experiencia en conjunto para impactar con ello la conciencia histórica de una sociedad que en su composición heterogénea sigue, sin embargo, entendiéndose como una sola, la de los mexicanos con una historia común.

En 1994, con motivo de unas jornadas celebradas en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, hice pública una consideración que viene a cuento y, que cito parcialmente:

La Revolución, la mexicana, conmemorada cada día con mayor desgano, porque se han ido ahuecando sus voces, ha recibido embates de las revoluciones en corto y de las contrarrevoluciones en largo que abrigó en su seno. Aún

¹⁶ Coloquio La Revolución en las Regiones, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y la Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jalisco, noviembre de 1984.

más, la Revolución como columna de la Historia de México del siglo xx —por entonces muy próximo a acabarse—, para poder serlo ha tenido que recoger sus episodios uno a uno, y con ello reestructurarse y entenderse para no perder su nombre. En el sentido estricto de expresar el cambio la Revolución mexicana del siglo xx no puede sino ligarse a acontecimientos que le preceden en el tiempo nacional, la Independencia y la Reforma, y que han reclamado una interpretación de sucesos fundadores. Tal como ellos, la Revolución, el cambio iniciado desde donde fuere, y logrado en cualquiera de sus dimensiones, no podía contar para explicarse, sino con los habitantes del territorio nacional. Los llamados criollos, peninsulares e indígenas, los liberales y conservadores de otros tiempos, así como los villistas, zapatistas y constitucionalistas, no fueron sino los mexicanos de tiempos y lugares distintos que daban la cara o la espalda al cambio...

De modo que la historiografía mexicana, el discurso sobre la historia, ha aceptado el reto de buscar historias particulares con metodologías recientes, de mirar el entorno social sin descuidar en sus complejos pliegues a actores antes omitidos y de explicar la Revolución Mexicana, entre otras cosas, con buena parte de estos instrumentos. Lo que quedaría por averiguar es si la historiografía mexicana ha comprendido el reto enorme de abarcar en una síntesis explicativa, más que en sumas descriptivas de la historia nacional, ese sentido del cambio que ha operado milagros en el curso del siglo...¹⁷

III. CONSIDERACIONES FINALES, SI BIEN, PRELIMINARES

Tal vez la ola de celebraciones que está a escasos meses de culminar consiga un efecto que coloque en una nueva dimensión esa relación historia-historiografía. La revolución mexicana no podrá sino ser colocada en primer plano con motivo de su centenario y, sin duda, seguirá siendo esa canasta de sorpresas que depara todavía muchas más por conocer para explicarla. Muy probablemente existe aún para los mexicanos algo que aprender de ella, en el largo proceso que abarca hoy tanto su edificación como su deconstrucción en términos de narrativa histórica y de discurso

¹⁷ El texto en cuestión es "De historias, religiones y revoluciones", y fue leído el 9 de septiembre de 1994 en las IV Jornadas de Etnohistoria. Temas Actuales de la Etnohistoria, celebradas en la ENAH, del 5 a 9 de septiembre de dicho año.

político; y sostengo que es probable que aprendamos de ella porque la condición en que nos coloca la era de la globalización al mismo tiempo nos empuja a reconocer el modo en que podemos situarnos en este sistema del mundo en pleno ajuste. Y si es la historia la mejor aliada para ejercer la toma de conciencia, la Revolución con que se abrió la ruta del siglo xx quizá todavía pueda brindarnos la oportunidad de esclarecerla.

Está en el aire la pregunta de cuál es la expectativa de los historiadores hoy y en los próximos años; qué quieren saber y a partir de qué; cuáles son las condiciones de la indagación y qué relación guarda el tiempo de nuestros días, nuestra sociedad, con la experiencia vivida por los mexicanos de las primeras décadas de un siglo extinguido. La historicidad de la experiencia conduciría quizá al esfuerzo de ubicar en la lejanía de más de un siglo una serie cada vez más abundante de acontecimientos, para no perder —como dijera el padre de la historia— la memoria de lo ocurrido; sin embargo, la experiencia de la historicidad, la manera de experimentar lo que somos y lo que hacemos frente al cambio, probablemente seguiría incitando a abreviar con pasión, pese a vivir en un ambiente de ejercicio profesional disciplinado, en aquello que tiene durabilidad en el tiempo, porque puede resultar significativo para los hombres.

Los observadores de la actividad historiográfica seguirán argumentando en torno a las condiciones que permiten construir las historias de ayer y de hoy; tal vez buscarán pruebas para demostrar que unos historiadores se equivocan más que otros; o al contrario, que aciertan más que otros en el esfuerzo de dar razón de lo que verdaderamente pasó.

Unos y otros, como siempre, estaremos inmersos en la historia, intentando distinguir las huellas de nuestros propios pasos; las huellas de lo que de manera esencial nos constituye; y de tal modo, será difícil perder de vista a la revolución mexicana, a sus historiadores y a quienes tienen por vocación estudiar sus obras y comprenderlos. Y, en alguna medida, sabremos a cuánto asciende nuestro acuerdo respecto a lo que fue la Revolución, sobre todo respecto a aquello que significa hoy en día para los mexicanos, subrayando el sentido de la *conmemoración* a la que me he referido en el título. Pues más allá de la “celebración”, cabe preguntarse si lo que necesita nuestro mundo plural es más evocación que invocación y, en ese aspecto, la variedad de plumas encargadas de representar lo que ocurrió en México entre 1905 o 1910 y hasta 1920 o

1940, puede satisfacer; o bien, si la sociedad mexicana en alguna proporción significativa exige todavía hoy colocar a la Revolución como un hito en la cadena de aconteceres de la patria, para apoyarse en lo que ha sido consagrado como su esencia y reclamar o proponer, a partir de ello, un futuro más promisorio. ②

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra.

